



unánimes

# Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

30.- La curación de un ciego de nacimiento



unánimes

Estudios Bíblicos

N.30.- La curación de un ciego de nacimiento

## 1. El texto

### Juan 9:1-41

*Al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo:*

*—Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?*

*Respondió Jesús:*

*—No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. Me es necesario hacer las obras del que me envió, mientras dura el día; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo.*

*Dicho esto, escupió en tierra, hizo lodo con la saliva y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo:*

*—Ve a lavarte en el estanque de Siloé —que significa «Enviado»—.*

*Entonces fue, se lavó y regresó viendo. Por eso, los vecinos y los que antes lo habían visto que era ciego, decían:*

*—¿No es este el que se sentaba y mendigaba?*

*Unos decían: «Él es». Otros: «A él se parece». Él decía: «Yo soy».*

*Entonces le preguntaron:*

*—¿Cómo te fueron abiertos los ojos?*

*Respondió él y dijo:*

*—Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: “Ve al Siloé y lávate”. Fui, pues, me lavé y recibí la vista.*

*Entonces le dijeron:*

*—¿Dónde está él?*

*Él dijo:*

*—No sé.*

*Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Y era sábado cuando Jesús había hecho el lodo y le había abierto los ojos. Volvieron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista. Él les dijo:*

*—Me puso lodo sobre los ojos, me lavé y veo.*

*Entonces algunos de los fariseos decían:*

*—Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el sábado.*

*Otros decían:*

*—¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?*

*Y había división entre ellos. Entonces le preguntaron otra vez al ciego:*

—¿Qué dices tú del que te abrió los ojos?

Él contestó:

—Que es profeta.

Pero los judíos no creyeron que él había sido ciego y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista, y les preguntaron, diciendo:

—¿Es este vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?

Sus padres respondieron y les dijeron:

—Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos, o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo.

Esto dijeron sus padres porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesaba que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: “Edad tiene, preguntadle a él”.

Llamaron nuevamente al hombre que había sido ciego, y le dijeron:

—¡Da gloria a Dios! Nosotros sabemos que ese hombre es pecador.

Entonces él respondió y dijo:

—Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.

Le volvieron a decir:

—¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?

Él les respondió:

—Ya os lo he dicho y no habéis escuchado, ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?

Entonces lo insultaron, y dijeron:

—Tú eres su discípulo, pero nosotros, discípulos de Moisés somos. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés, pero respecto a ese, no sabemos de dónde ha salido.

Respondió el hombre y les dijo:

—Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde ha salido, y a mí me abrió los ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, a ese oye. Nunca se ha oído decir que alguien abriera los ojos a uno que nació ciego. Si este no viniera de Dios, nada podría hacer.

Respondieron y le dijeron:

—Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?

Y lo expulsaron.

Oyó Jesús que lo habían expulsado y, hallándolo, le dijo:

—¿Crees tú en el Hijo de Dios?

Respondió él y dijo:

—¿Quién es, Señor, para que crea en él?

Le dijo Jesús:

—Pues lo has visto; el que habla contigo, ese es.

Y él dijo:

—*Creo, Señor —y lo adoró.*

*Dijo Jesús:*

—*Para juicio he venido yo a este mundo, para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados.*

*Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron:*

—*¿Acaso también nosotros somos ciegos?*

*Jesús les respondió:*

—*Si fuerais ciegos no tendríais pecado, pero ahora, porque decís: “Vemos”, vuestro pecado permanece.*

## 2. Introducción

Este es el único de los milagros que se nos narra en los evangelios en el que se dice que se trataba de una dolencia de nacimiento. En el libro de los Hechos de los Apóstoles tenemos dos casos de personas que habían estado discapacitadas desde que nacieron: el cojo de la puerta Hermosa del templo, episodio narrado en el capítulo 3 y el paralítico de Listra narrado en el mismo libro en el capítulo 14. Es interesante que este milagro tome 41 versículos, según parece, Juan está tratando de decirnos algo más que solamente narrar el milagro atestiguado. Hay profundidades teológicas que vamos a analizar con detalle, por lo tanto, el estudio de este milagro es muy extenso. Los otros tres evangelistas (Mateo, Marcos y Lucas) no lo detallan en sus correspondientes evangelios.

## 3. El ciego

*Al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento.*

Al pasar Jesús por allí, vio a un hombre afligido de ceguera congénita. Esta enfermedad era bastante común entre los antiguos, como lo es hoy entre los que no usan las medidas preventivas necesarias en conexión con el nacimiento.

No se mencionan ni el tiempo ni el lugar del suceso relatado en este párrafo. Hay, sin embargo, una comparación interesante entre el hombre afligido de ceguera congénita y el que tenía parálisis congénita narrado en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Ambos eran mendigos. Este se colocaba todos los días en la puerta del templo llamada Hermosa. Como muchos devotos pasaban para entrar y salir por esta puerta, era un lugar lógico para los que querían despertar piedad y caridad. También el párrafo que nos ocupa establece una íntima relación entre el templo y este mendigo que era ciego de nacimiento. Por ello, algunos opinan que Jesús al salir del templo encontró a este hombre que estaba sentado en una de las puertas del templo pidiendo limosna. Otros, sin embargo, señalan el hecho de que el ciego fue sanado en día de reposo y consideran improbable que los judíos hubieran tratado de lapidar al Señor en ese día sagrado. Sin embargo, probablemente no es prudente limitar con mucha rigidez el número de crímenes que los judíos, fuera de sí por la ira y los celos, se

permitieron cometer en el día de reposo. Simplemente no sabemos si los sucesos relatados en los capítulos 8 y 9 sucedieron el mismo día. Pero si el ciego no fue curado en el día en que Jesús evitó ser lapidado de muerte, el milagro tuvo que suceder muy poco tiempo después (quizá al siguiente día). Es incorrecta la opinión de que ocurrió en la fiesta de la Dedicación (en diciembre). No es sino hasta el siguiente capítulo en el evangelio de Juan que se llega a esa fiesta.

No se nos dice cómo Jesús o sus discípulos descubrieron que este hombre había sido ciego de nacimiento, pero quizá todo el mundo lo sabía.

#### 4. La pregunta

*Y le preguntaron sus discípulos, diciendo:*

*—Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?*

Parecería por este versículo que los discípulos habían acompañado a su Maestro hasta Jerusalén. A ellos este ciego les resulta un rompecabezas teológico. Probablemente razonaron más o menos así: “Detrás de toda aflicción o defecto físico hay un pecado, generalmente el pecado del que tiene el problema. Pero, ¿cómo puede ser así si la persona nace con un defecto? En ese caso no puede haber traído sobre sí el defecto por medio de su mala conducta, ¿verdad? ¿Es castigado, entonces, por el pecado de sus padres? Y en este caso, ¿es justo? Pero no; hay otra posibilidad: la persona que ha nacido con un defecto puede, después de todo, ser la causa de su propia desgracia; porque puede haber cometido pecado mientras estaba en el vientre de su madre”.

Sopesando las dos posibilidades, los discípulos hacen la pregunta: “Rabí, ¿quién pecó, este hombre o sus padres, para que naciera ciego?”

Según la Escritura (y los Apócrifos) las aflicciones físicas (defectos, privaciones, sufrimientos, “accidentes”, enfermedad, muerte) se pueden deber a diversas causas morales; tales como:

- a. El pecado de Adán, en quien todos hemos pecado y somos por naturaleza culpables delante de Dios (Según los apócrifos). De este se derivó el famoso pecado original del cual, de acuerdo a la doctrina católica, son librados los niños con el bautismo infantil.
- b. Los pecados de los padres.
- c. Los propios pecados personales.

Los judíos, sin embargo, tenían la tendencia a exagerar la importancia de las dos últimas causas, más allá de lo que indicaba la verdad revelada. Relacionaban cada problema específico con un pecado concreto.

Cuando los discípulos mencionaron como una de las alternativas que el hombre, aunque nacido ciego, estaba quizá cosechando los frutos de su propio pecado, probablemente no pensaban en la metempsicosis (transmigración de las almas), ni en la preexistencia puramente espiritual del alma. Este pasaje no implica necesariamente esa doctrina, sino en la idea rabínica (exceso de énfasis en ella) de que los niños pueden pecar en el seno materno.

La otra alternativa que se les ocurrió a los discípulos fue que este pobre infortunado era víctima de una transgresión de los padres, quizá el pecado de un padre disoluto (como de hecho sucede a veces, incluso hoy día).

## 5. La respuesta de Jesús

*Respondió Jesús:*

*—No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. Me es necesario hacer las obras del que me envió, mientras dura el día; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo.*

En esta respuesta Jesús descarta de inmediato los pecados personales del hombre y los pecados de sus padres como causas a las cuales atribuir su ceguera. Sin embargo, en estos momentos Jesús ni siquiera se interesa por esto. Prefiere mirar hacia adelante en lugar de mirar retrospectivamente como los discípulos. Ellos habían preguntado, “¿Cómo sucedió?” Jesús responde, “Sucedió para un fin; a saber, para que las obras de Dios (milagros en los cuales se muestran su poder y amor) se manifiesten en él”. Todas las cosas, incluso las aflicciones y calamidades, tienen como propósito último la glorificación de Dios en Cristo por medio de la manifestación de su grandeza.

Para los discípulos el mirar a este hombre les planteaba un rompecabezas teológico. Para Jesús una mirada al hombre le presentaba un desafío, una oportunidad para trabajar. Ellos razonaban: “¿Cómo le llegó a suceder?” Él respondió: “¿qué podemos hacer por él?” Había pues dos formas de mirar a este hombre. Y la segunda era por mucho la mejor.

La norma del texto en referencia a la luz del día, se aplica tanto a Jesús como a sus discípulos (y en un sentido, a todos sus seguidores): entre tanto que el día dura debemos hacer las obras de Dios. Esencialmente estas obras son una; son obras del reino, cuya unidad resulta evidente por la expresión que Jesús utiliza al llamarlas “las obras del que me envió”.

Esta enseñanza de nuestro Señor es muy sorprendente, sobre todo en el texto en que se encuentra. Es como si quisiera decir: cuando alguien se te atraviesa, se puede reaccionar de tres maneras:

- a. Si suscita tu envidia, lo puedes apedrear con insultos. Precisamente, en el texto anterior a este milagro, cuando Jesús discute con los fariseos, los judíos habían tratado de hacer

esto con Él. La historia del mundo, y triste es decirlo, también hasta cierto punto la de la iglesia visible, proporciona ejemplos de esta actitud general. Algunas personas nunca hacen nada con espíritu constructivo. Su vida diaria es un intento constante de aniquilar el objeto de sus celos. Los “judíos” siguen con nosotros. Tampoco ha desaparecido completamente el “sanedrín” (por lo menos su espíritu).

- b. Si suscita el deseo de obtener información adicional. Se puede tratar de satisfacer la curiosidad con preguntas acerca de él, a fin de, quizás, resolver un rompecabezas teológico. Los discípulos se dedicaban a esto, como se acaba de demostrar. Sin duda que la curiosidad tiene un lugar legítimo y hay que estimular y no evitar las preguntas de índole teológico. Pero hay un límite. No sólo hay que hacer preguntas; también hay que hacer obras de amor. De hecho, esto es lo que hay que enfatizar. De ahí que,
- c. hay que amarlo y ayudarlo. “Esa”, dice Jesús, por así decirlo, debe ser nuestra actitud: “nos es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura”.

La expresión “*mientras dura el día*” se explica en el versículo que sigue con “entre tanto que estoy en el mundo”. Cuando Jesús, habiendo dicho “consumado es”, emite su último suspiro, su día ha terminado, su obra de expiación por el pecado ha sido cumplida. Si bien es cierto que, incluso después de su resurrección, hubo “apariciones”, Él ya no está más “en el mundo” como lo estuvo antes. Lo mismo se aplica respecto al discípulo: también en su caso hay un tiempo divinamente asignado; a saber, su vida terrenal. Que aproveche al máximo sus oportunidades.

El mandamiento es apremiante, porque “la noche viene (esto es, la muerte), cuando nadie puede trabajar”. “*Mientras estoy en el mundo*”. Esto se refiere a una relación temporal más bien indefinida (Jesús no dice por cuánto tiempo estará en el mundo).

Es evidente que la expresión “*luz soy del mundo*” suministra la clave para la interpretación de lo que sigue. La curación del hombre ciego de nacimiento, que está a punto de relatarse, es una ilustración de lo que Jesús está haciendo constantemente en su condición de luz del mundo.

## 6. Saliva y lodo

*Dicho esto, escupió en tierra, hizo lodo con la saliva y untó con el lodo los ojos del ciego*

No sabemos por qué el Señor escogió este método específico. Las explicaciones que se suelen dar no satisfacen completamente; por ejemplo, que lo hizo para grabar en el hombre la idea de que el poder de curación venía de Jesús (pero, ¿no hubiera bastado para esto la palabra de Jesús?); o para utilizar las cualidades salubres de la saliva o del barro; o para hacer todavía más ciego a este hombre de forma que pudiera valorar más hondamente la

curación; o para simbolizar el hecho de que el hombre había sido hecho del polvo de la tierra; etc., etc.

Si hubiera que dar una explicación, se podría decir que el Señor probablemente utilizó este método para producir la actitud adecuada de corazón y mente; es decir, para producir obediencia perfecta, esa clase de sumisión que lleva a cabo un mandato al parecer arbitrario. Según esta explicación, el lodo no tenía nada que ver con la curación física; no tenía cualidades medicinales, como tampoco las tenían las aguas del Jordán en las cuales Eliseo pidió a Naamán el leproso que se sumergiera siete veces a fin de curar la lepra. En ambos casos el mandamiento fue prueba de obediencia. Debe tenerse presente que el que actúa aquí es el que se llama la luz del mundo, y que en este caso concreto se comunica la luz no sólo al cuerpo sino también al alma.

## 7. El Estanque

...y le dijo:

—*Ve a lavarte en el estanque de Siloé —que significa «Enviado»—.*

Este estanque recuerda el de Bethzatha (“Betesda”), pero mientras éste estaba situado en el noroeste de Jerusalén, el estanque de Siloé estaba apenas dentro de los muros de la ciudad en la parte sureste. El rey Ezequías había mandado a construir un conducto para llevar el agua del manantial de Geón (ahora Fuente de la Virgen), situado fuera de los muros en dirección sur-suroeste hasta apenas dentro de los muros. El propósito había sido garantizar el suministro de agua en caso de asedio.

El nombre original del estanque fue probablemente Siloé, nombre propio derivado del participio pasivo hebreo que significa “enviado” o “conducido”, que se le dio porque a través de ese conducto el agua era (y todavía lo es) conducida desde el manantial que brota intermitentemente hasta el estanque; es una suerte de “acueducto”.

Algunos comentaristas rechazan la idea de que Jesús le diera significado simbólico al nombre de este estanque. Sin embargo, deberían tenerse presente tres hechos:

- a. Este milagro es ciertamente simbólico, ya que describe a Jesús como la luz del mundo.
- b. En este evangelio Jesús se presenta constantemente como el enviado del Padre. Ahora bien: el nombre del estanque es también Siloé; es decir, Enviado. ¿No es perfectamente natural relacionar el agua de este manantial y este estanque con aquél que es el agua de vida?
- c. Las aguas de Siloé fluyen desde el templo y aun en el Antiguo Testamento eran consideradas como simbólicas de las bendiciones espirituales que vienen de la morada de Dios.



En consecuencia, cuando se le dice al hombre que vaya a lavarse al estanque de Siloé, aunque es verdad que esto debe tomarse en el sentido más literal, de forma que debía realmente lavarse los ojos en este estanque, el significado más profundo es sin duda éste: que para la purificación espiritual uno debe acudir al verdadero Siloé; es decir, a aquél que fue enviado por el Padre para salvar a los pecadores.

## 8. El milagro

*Entonces fue, se lavó y regresó viendo.*

A pesar de lo extraño del mandato, el hombre no sigue el ejemplo de Naamán. No protesta sino que obedece de inmediato. Va al estanque y con la mano recoge agua. Se lava con ella el lodo de los ojos. (El pasaje no implica en modo alguno que se sumergiera en el estanque. Se trata de un ciego, no de un leproso.) Su obediencia recibe recompensa inmediata: regresó viendo.

## 9. La especulación de los vecinos

*Por eso, los vecinos y los que antes lo habían visto que era ciego, decían:*

*—¿No es este el que se sentaba y mendigaba?*

*Unos decían: «Él es». Otros: «A él se parece». Él decía: «Yo soy».*

*Entonces le preguntaron:*

*—¿Cómo te fueron abiertos los ojos?*

*Respondió él y dijo:*

*—Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: “Ve al Siloé y lávate”. Fui, pues, me lavé y recibí la vista.*

*Entonces le dijeron:*

*—¿Dónde está él?*

*Él dijo:*

*—No sé.*

Ahora el hombre podía verlo todo: el sol, el firmamento, las casas, y lo más importante de todo, la gente. No nos sorprende que, con toda probabilidad, fuera a su casa. Cuando los vecinos lo vieron, estaban mirando a un hombre que parecía muy distinto del mendigo que conocían casi todos. El milagro había producido un cambio en todo su aspecto y porte.

Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto de mendigo, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? Unos decían: Él es; y otros: A él se parece. Él decía: Yo soy.

A esta altura el relato se vuelve muy gráfico. Las opiniones estaban divididas. Unos decían, “¿No es éste el que se sentaba y mendigaba?” Esperaban respuesta afirmativa, aunque en la pregunta hay un ligero elemento de duda nacida de la sorpresa. Otros responderían con ab-

solita certeza, “Él es”. Pero otros, incapaces de creer que alguien ciego de nacimiento pudiera ser curado, afirmaban vigorosamente una y otra vez: “no, pero se parece a él”. Quizá estos últimos se engañaron un poco debido al cambio que habían ocurrido en el aspecto y el porte del hombre. El que había sido curado puso fin a la controversia afirmando repetidamente, “Yo soy”.

Los vecinos ya no dudan respecto a la identidad del hombre. Es muy natural que en respuesta le dijeron: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos? El hombre les hace un relato ligeramente condensado de lo que había sucedido, informe que era cierto en todos los detalles. Incluso menciona el nombre de su benefactor—alguien debe habérselo dicho—, pero al parecer no se da cuenta de que el que hizo el milagro es el Redentor del mundo. Al informar acerca de sus propias acciones (“y fui y me lavé y recibí la vista”) se utiliza un verbo (νέβλεψα) que significa “recuperé la vista”; pero como este hombre nunca había disfrutado de la bendición de la vista, podemos traducirlo más libremente, “recibí la vista”. También es muy natural el deseo de ver al hombre que había realizado un milagro tan grande. Entonces le dijeron: ¿Dónde está él? Él dijo: No sé. Dadas las circunstancias, no podía saber dónde estaba Jesús. En este tiempo y por buenas razones Jesús no aparecía en público. No había llegado su hora.

## 10. Los fariseos

*Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Y era sábado cuando Jesús había hecho el lodo y le había abierto los ojos. Volvieron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista. Él les dijo:*

*—Me puso lodo sobre los ojos, me lavé y veo.*

*Entonces algunos de los fariseos decían:*

*—Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el sábado.*

*Otros decían:*

*—¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?*

*Y había división entre ellos. Entonces le preguntaron otra vez al ciego:*

*—¿Qué dices tú del que te abrió los ojos?*

*Él contestó:*

*—Que es profeta.*

Esta sección contiene el relato del examen que los fariseos le hicieron al hombre. La primera pregunta que se plantea es ésta: quién examinó a este hombre; ¿un grupo de personas que se reunieron informalmente o un cuerpo oficial en un examen formal? Respecto a este tema los comentaristas se dividen en dos grupos. Por un lado, están quienes defienden la posición que, con ligeras variaciones, se puede describir así:

- a. El hombre fue llevado ante un grupo de fariseos, reunidos informalmente, quizá en casa de uno de ellos. Estos líderes religiosos, enfurecidos ante el hecho de que Jesús había

vuelto a violar las normas sabáticas y todavía más por su creciente influencia entre el pueblo, tratan de desacreditar el milagro. Sospechan que se ha perpetrado un fraude. Al no poder persuadir al hombre que admita su culpa y al perder en la discusión, su furor explota. Totalmente enfurecidos por lo que consideran una abierta desfachatez del hombre, lo echan de la casa o atrio.

Para apoyar su posición (de que todo el examen es informal y que se emite una sentencia no formal de excomunión de la vida religiosa de Israel) estos intérpretes afirman que la persona en cuestión, simple mendigo, habría sido considerado como demasiado poco importante para que se tomaran medidas formales contra él.

- b. También hay quienes consideran como mucho más formal este incidente. Creemos que tienen razón. Es cierto, desde luego, que el evangelista no describe una sesión plenaria del gran Sanedrín (corte religiosa de Israel), pero esto no quiere decir que la reunión y la sentencia que se pronunció fueran de índole informal. Con toda probabilidad estos fariseos actuaban con órdenes del Sanedrín y sabían que al expulsar a este hombre actuaban de acuerdo con la decisión de ese cuerpo. O habían recibido autoridad para actuar en este caso específico, o bien, al ser nombrados para examinar a este hombre, sabían que su acción respecto al mismo recibiría la aprobación posterior del Sanedrín.

Basamos esta conclusión en las razones siguientes:

- i. Es evidente que el Sanedrín a veces delegaba a un grupo de fariseos para que examinara asuntos relacionados con personas que algunos consideraban como el Mesías. Si en esos casos se obraba así, ¿por qué no en éste? Sin duda que los fariseos no sólo examinarían al pretendido Mesías, sino también a aquéllos que con sus relatos de acciones milagrosas podrían ofrecer el peligro de fomentar esa pretensión.
- ii. El hecho de que a veces se diera autoridad para actuar a un grupo de maestros religiosos parece confirmarse con documentos existentes. ¿Acaso no es posible que nos encontremos aquí con el Sanedrín menor o un tribunal de la sinagoga, de los que se dice que había dos en Jerusalén?

Según el texto, el Sanedrín había decidido expulsar de la sinagoga a los que confesarán que Jesús era el Cristo (el Mesías). Evidentemente el grupo de fariseos que examina a este hombre lo considera como discípulo de Jesús; en consecuencia, es candidato para la expulsión. Es cierto que hasta ese momento el hombre todavía no había confesado de hecho que Jesús fuera el Cristo, pero no parece probable que los enemigos de Jesús, exasperados como estaban, tuvieran generosamente en cuenta esta diferencia. El hombre, después de todo, había confesado que Jesús era profeta, genuino obrador de milagros, en un sentido totalmente único, persona que

había hecho milagros debido al favor y poder extraordinarios que Dios le había concedido. En consecuencia, cuando afirma más adelante, “Y le expulsaron”, es muy natural considerar esto como una expulsión real de la sinagoga.

- iii. La forma en que este grupo de fariseos convoca a las personas, el formalismo legal de su método de averiguación y también la extrema cautela con que actuaron los padres, cautela nacida del temor, militan en favor de una reunión formal ante un grupo de representantes autorizados del Sanedrín.
- iv. (5) La importancia que se atribuye a su expulsión también apunta en la misma dirección.

Por todas estas razones procederemos en la exégesis según este punto de vista.

¿Quién condujo a este hombre ante los fariseos? Quizá los vecinos. ¿Cuándo fue llevado? Probablemente no el día de reposo sino un poco después. ¿Por qué fue llevado ante los fariseos? ¿Fue porque había violado las normas sabáticas que las autoridades religiosas tenían en tan alta estima? Es posible, pero no se menciona nada respecto al día de reposo antes de que comenzara la averiguación judicial.

Otra razón parecería lógica: los fariseos habían venido diciendo a la gente que Jesús era un embaucador. De hecho, la gente ya sabía que el Sanedrín había tomado la decisión que cualquiera que confesara que Jesús era el Cristo sería expulsado de la sinagoga. Pero ¿qué iban a decir ahora los fariseos? ¿Acaso este gran milagro no era más elocuente que cualquier veredicto del Sanedrín? Que se lleve esta persona ante los jueces fariseos de modo que puedan oír el relato de sus propios labios. ¿Persistirían todavía, después de esto, en su opinión respecto a Jesús? ¿O se ha cometido algún fraude que ellos puedan descubrir y poner de manifiesto? No estamos seguros de que la razón sugerida sea la verdadera. Sin embargo, proporcionaría una explicación muy natural.

### **10.1. La violación del sábado**

Un elemento adicional de la historia es que Jesús hizo lodo el sábado. Hacer lodo en día de reposo y cubrir en ese día los ojos de alguien con ese lodo era violación de las normas. Además, en día de reposo no estaba permitido practicar el arte de la curación, excepto en casos de urgencia extrema. Por ello los fariseos probablemente razonan más o menos así:

- a. Incluso si de hecho no hizo un milagro, Jesús ha violado en cualquier forma el día de reposo; en consecuencia,
- b. es un pecador notorio; pero
- c. Dios nunca admitiría que pecadores notorios hagan verdaderas curaciones; en consecuencia,

- d. todo este caso resulta muy sospechoso y exige una investigación exhaustiva. ¿Es quizá un fraude?

Volvieron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista. De hecho, volvieron, porque esta no era la primera vez que se hacía esta pregunta. Ya lo habían bombardeado con ella. Primero había salido de los labios de los vecinos, quienes lo habían repetido una y otra vez. Y ahora también los fariseos se la plantean. Parece que ya el hombre se muestra precavido. Sopesa las palabras. El ex ciego ahora hace más breve la descripción del milagro.

## 10.2. Los silogismos

Sigue ahora la Batalla de los Silogismos. Prosigue hasta el final del episodio. Tenemos primero: el silogismo del grupo predominante de fariseos y luego, el silogismo vagamente indicado por la pregunta de la minoría. Este segundo silogismo lo va a utilizar con fuerza impresionante el hombre sanado. En consecuencia, hablaremos de Silogismo A y Silogismo B.

### 10.2.1.1. Silogismo A:

*Entonces algunos de los fariseos decían: Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo.*

**Premisa mayor:** Todos los que vienen de Dios guardan el día de reposo.

**Premisa menor:** Este hombre (Jesús) no guarda el día de reposo.

**Conclusión:** Este hombre no es de Dios.

En apariencia parece un razonamiento excelente. Como silogismo tiene validez. Pero esto no significa que la conclusión sea verdadera. Puede no haber deficiencias en la lógica con la que se deriva una conclusión de sus premisas mayor y menor, pero si alguna de estas premisas es contraria a los hechos, la conclusión ya no es legítima. En el caso actual es erróneo lo que estos hombres quieren decir en su premisa mayor. Los fariseos han identificado con la ley de Dios sus propias normas sabáticas meticulosas y fútiles. De ahí que su verdadera premisa mayor es, “Todos los que son de Dios, observan nuestras normas sabáticas”. También es errónea la premisa menor, por la misma razón: confusión de conceptos. Y como estas premisas son falsas, la conclusión (“este hombre no es de Dios”) no es aceptable. Otra cuestión es, si en sí misma es verdadera o falsa. Pero sabemos que la afirmación que constituye la conclusión es totalmente falsa, totalmente opuesta a la verdad.

### 10.2.1.2. Silogismo B:

*Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?*

**Premisa mayor:** Sólo los que son de Dios (o los que no son pecadores) pueden dar la vista a los ciegos de nacimiento (o: pueden hacer “tales” señales).

**Premisa menor:** Este hombre, Jesús, ha dado la vista a un ciego de nacimiento (o: ha hecho “tal” señal).

**Conclusión:** Este hombre es de Dios (o: este hombre no es pecador).

Este silogismo se presenta en forma de pregunta. Cuando más, solamente está sugerido, no claramente elaborado. Estos fariseos más moderados se enfrentan con un problema y buscan una solución. El problema es, “¿cómo puede alguien que es pecador hacer tales señales?” Incluso entre este grupo había probablemente varios que hubieran rechazado la proposición: “Quizá Jesús no es pecador”. Para ellos Jesús es ciertamente pecador. En consecuencia, para ellos todo el asunto es un profundo misterio. Para ellos el Silogismo B no tiene ninguna validez. Otros, sin embargo, comienzan a ver la luz. El silogismo, pues, es lo máximo que se puede deducir de la pregunta, e incluso entonces sólo está sugerido por la pregunta. No es una afirmación positiva.

¿Es válido el silogismo vagamente sugerido? Como ejercicio en lógica (adviértase el carácter exclusivo de la premisa mayor: la palabra “solo”) debe concedérsele validez. Pero ¿es correcta la premisa mayor? Si no lo es, entonces la conclusión— aunque muy correcta como hecho histórico—no es legítima.

Para responder a esta pregunta no debe olvidarse que aquéllos cuya pregunta sugiere este silogismo son, después de todo, fariseos. Aunque sean la clase mejor y más moderada de fariseos, siguen siendo igualmente fariseos. La forma de razonar que se sugiere aquí armoniza con su esquema mental. Uno encuentra algo que se le parece en el siguiente silogismo:

**Premisa mayor:** Sólo que los malos sufren aflicciones físicas.

**Premisa menor:** Este hombre sufre aflicción física.

**Conclusión:** Este hombre es malo.

Se ha mostrado que este razonamiento no armoniza con la realidad. En consecuencia, si entre estos fariseos hay quienes adoptan el Silogismo B sin mejorarlo porque creen que la capacidad para realizar un milagro (cualquier milagro) es, en sí misma y por sí misma, siempre prueba de aprobación divina, están equivocados. Pero debemos ser justos con ellos. La situación, tal como se describe es, en realidad, algo diferente. Entre estos fariseos más moderados debe haber habido un número considerable que subrayaban la grandeza extraordinaria de este milagro. Leamos el silogismo. Había algo en ese silogismo que Jesús mismo iba a decir, “Si yo no hubiera

hecho entre ellos las obras que nadie más hizo, no tendrían pecado”. De esto se deduce claramente que él mismo veía que sus milagros constituían de una clase especial (en un sentido), eran señales de su divinidad y de su misión divina.

Debe agregarse, sin embargo, un elemento, porque Jesús mismo lo añadió. Es éste: que no sólo sus milagros fueron únicos en naturaleza (“obras que nadie más hizo”) sino que fueron hechos en respuesta a la oración; por ello, con el propósito de glorificar a Dios. Si el Silogismo B se separa de su contexto fariseo, es totalmente válido. Jesús mismo proporcionó este contexto cuando dijo: “Esto sucedió para que las obras de Dios se manifiesten en él. Nos es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura.” Esto nos da:

#### **10.2.1.3. Silogismo B mejorado**

**Premisa mayor:** Sólo los que son de Dios (o: que no son pecadores) pueden dar la vista a los ciegos de nacimiento, para que con ello manifiesten las obras de Dios.

**Premisa menor:** Este hombre, Jesús, con ese propósito en mente, ha dado la vista a un ciego de nacimiento.

**Conclusión:** Este hombre es de Dios (o: este hombre no es pecador).

*Y había división entre ellos. Entonces le preguntaron otra vez al ciego:*

*—¿Qué dices tú del que te abrió los ojos?*

*Él contestó:*

*—Que es profeta.*

Y había disensión entre ellos. Es decir, se produce entre los fariseos una marcada división o cisma entre los que defendían el Silogismo A y los que sugerían el Silogismo B sin mejorar. Aquéllos, después de un breve ataque directo a la conclusión del Silogismo B, ataque en forma de pregunta, comienzan un ataque indirecto. Si pueden demostrar que este hombre, Jesús, no ha hecho una gran señal, habrán echado por tierra la conclusión que sugieren sus oponentes. Llenos de confusión, incapaces de ponerse de acuerdo entre sí, los fariseos se dirigen de nuevo al hombre que acababa de ser curado de su ceguera.

Es evidente que los que estaban en favor del Silogismo A (los decididos opositores de Cristo) eran la mayoría, como hubiéramos esperado. A la luz de ese hecho es evidente, desde luego, que cuando los fariseos (probablemente ambos grupos) preguntan ahora al hombre: “¿Qué dices tú acerca de él?” el modificador causal—“que te abrió los ojos”—no implica admisión alguna, por parte de la mayoría, como si ahora estuvieran dispuestos a conceder que Jesús había de hecho realizado este milagro sorprendente.

Y él dijo: “Que es profeta”. El conocimiento del hombre progresa. También demuestra valor. Sabía que, por medio de Jesús, Dios se había revelado a sí mismo a él por medio de este milagro. Y, evidentemente, ¡quién revela a Dios de una manera tan notable debe ser profeta!

## 11. El testimonio de sus padres

*Pero los judíos no creyeron que él había sido ciego y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista, y les preguntaron, diciendo:*

*—¿Es este vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?*

*Sus padres respondieron y les dijeron:*

*—Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos, o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo.*

*Esto dijeron sus padres porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesaba que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: “Edad tiene, preguntadle a él”.*

En su intento de echar por tierra la conclusión sugerida en el Silogismo B, los fariseos no habían conseguido la cooperación de la persona más directamente implicada. Bien, entonces, si fracasa el método directo, intentarán el indirecto: echar por tierra la conclusión atacando la premisa menor. Además, si el hijo no los ayuda en el esfuerzo de conseguir este resultado, ¡Buscarán la ayuda de sus padres!

Aquí, a los oponentes de Jesús, se les llama “los judíos”. ¿Cómo ha de explicarse que ellos (la mayoría de los fariseos) no creyeran que este hombre había sido ciego y había recuperado la vista? Hay, desde luego, varias posibilidades:

- a. el mendigo quizá no era tan conocido a los líderes religiosos como lo era a la gente corriente;
- b. quizá dudaron que éste fuera ese conocido mendigo. Quizá creyeron que el que realmente era ciego había sido secuestrado y que lo había sustituido un “doble” (en todo menos en la ceguera);
- c. o, finalmente, quizá dedujeron que ese tan conocido mendigo había estado engañando a todo el mundo, actuando como si fuera ciego.

Claro que la mala voluntad contra Jesús desempeñó su papel. Creer que este hombre había sido ciego y había sido curado de la ceguera, habría sido el primer paso para conceder a Jesús un milagro admirable. No querían dar este paso.

Así como uno a menudo la gente cree lo que desea creer, así también a menudo la gente no cree lo que desea no creer.



No creyeron que este hombre hubiera sido ciego y hubiera recibido la vista, hasta llamar a sus padres. ¿Creyeron estos dos hechos después? Es cierto que la palabra “hasta” no implica necesariamente esto. Sin embargo, es difícil creer que, incluso después de que los padres hubieron dado su testimonio, continuara la incredulidad (respecto a los dos hechos antes mencionados). El texto ciertamente revela que entonces creyeron que este hombre había nacido ciego (como castigo por el pecado). Eran tan evidente que había sido curado de su ceguera, que no se podía negar esto.

Pero una cosa es aceptar el hecho de que este hombre había sido curado de la ceguera y otra cosa es atribuir esta curación a Jesús. Para ser justos frente a la verdad, los hostiles judíos hubieran tenido que dar cuatro pasos. Hubieran tenido que admitir:

- a. Este hombre fue curado de ceguera congénita
- b. Jesús lo curó
- c. La curación se realizó por medio del poder y el amor de Dios que Jesús tenía y no por medio del poder del príncipe de los demonios que actuaba en Jesús.
- d. Esto muestra que Jesús es, realmente, un “hombre que viene de Dios”. De hecho, indica que es todo lo que dice ser. Ahora bien, el texto simplemente enseña que, antes de que hubieran sido convocados los padres, los hostiles judíos no habían dado ni siquiera el primer paso.

El texto implica que los líderes judíos habían oído un rumor en el sentido de que estos padres habían estado hablando de la curación de su hijo. Basados en esta información, los examinadores hacen dos preguntas. Primero, quieren saber si este es el hijo del que tanto se habla y del que sus padres decían que había nacido ciego; en segundo lugar, desean información al hecho y la forma de su curación.

Sus padres aclaran el tema. Hacen una declaración abierta en la que identifican a este hombre como hijo suyo y testifican que en realidad, nació ciego. Estos padres obligan a los judíos a dar el temido primer paso para atribuir a Jesús un notable milagro. Es discutible si ellos (la mayoría, los que evidentemente formaban la parte principal) dieron alguna vez el segundo paso, el de admitir, incluso mentalmente, que fue Jesús quien lo curó. Abiertamente nunca dieron este paso, sino que se le opusieron. Ciertamente nunca dieron los pasos tercero y cuarto.

Los padres rehúyen la segunda pregunta. También mienten. Sí saben cómo es que su hijo ahora ve. El hijo ciertamente les ha contado todo lo relacionado con el milagro. El texto implica que también sabían quién lo había hecho. Fue la falta de valor, la egoísta cobardía, la que los llevó a decir, “no lo sabemos ... tampoco lo sabemos ... edad tiene (a los trece años y un día se consideraba que el judío ya era de edad), preguntadle a él; él hablará por sí mismo”. En un momento decisivo, cuando hubieran debido hablar, se hicieron culpables de

“echarle la carga a otro”. Sin embargo, no debemos ser demasiado duros con ellos. Siempre debe preguntarse, “¿qué habiéramos hecho en circunstancias semejantes?” ¡El castigo anunciado era muy terrible! Es posible que el conocimiento íntimo que tenían estos padres respecto a los talentos y carácter de su hijo—su capacidad para defenderse a sí mismo, su agudeza y su valor—tuvieran algo que ver con el deseo de hacerlo hablar a él. La razón principal de por qué hablaron en la forma en que lo hicieron, sin embargo, se indica en el pasaje siguiente: “Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo a los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que, si alguno confesaba que Jesús era el Mesías, sería expulsado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él”.

El miedo a los judíos es un tema común en el Evangelio de Juan. Las hostiles autoridades judías habían decidido (o sea, decisión formal del Sanedrín) (mucho antes de que Jesús fuera formalmente condenado como merecedor de la muerte) que cualquiera de sus seguidores que lo reconociera como el Mesías, el Ungido de Dios, sería expulsado de la sinagoga. Probablemente no se justifica el querer incorporar a este relato las normas posteriores respecto a la expulsión menor (por treinta días, sesenta o noventa) y la expulsión mayor (para siempre). El relato sin duda da a entender que la excomunión en este caso pretendía ser definitiva y terrible. El que era expulsado de la sinagoga quedaba virtualmente excluido de la vida religiosa y social de Israel. Desde cualquier punto de vista—social, económico, religioso—los resultados eran espantosos, sobre todo para personas tan pobres que su hijo tenía que vivir de la limosna. Por ello, aunque no podemos justificar a estos padres por eludir su deber, los podemos entender. ¡Cuántas veces les ha faltado el valor a aquellos que debieron mostrarlo cuando el Sanedrín, o su equivalente bajo algún otro nombre, amenazaba con expulsar a los que defendían la verdad de Dios! ¡La historia de la iglesia está llena de ejemplos!

## 12. El segundo testimonio del ex ciego y la expulsión

*Llamaron nuevamente al hombre que había sido ciego, y le dijeron:*

*—¡Da gloria a Dios! Nosotros sabemos que ese hombre es pecador.*

*Entonces él respondió y dijo:*

*—Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.*

*Le volvieron a decir:*

*—¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?*

*Él les respondió:*

*—Ya os lo he dicho y no habéis escuchado, ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?*

*Entonces lo insultaron, y dijeron:*

*—Tú eres su discípulo, pero nosotros, discípulos de Moisés somos. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés, pero respecto a ese, no sabemos de dónde ha salido.*

*Respondió el hombre y les dijo:*

—*Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde ha salido, y a mí me abrió los ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, a ese oye. Nunca se ha oído decir que alguien abriera los ojos a uno que nació ciego. Si este no viniera de Dios, nada podría hacer.*

*Respondieron y le dijeron:*

—*Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?*

*Y lo expulsaron.*

Los judíos estaban tratando en todas las formas posibles de demostrar que Jesús no era el que había abierto los ojos al ciego de nacimiento. Estaban empeñados en atacar la premisa menor del Silogismo B sin mejorar, a fin de destruir la conclusión: “Jesús viene de Dios”. Pero en este intento no habían recibido ayuda de los padres, quienes, llenos de temor, se habían negado a comprometerse de cualquier forma respecto a la manera en que su hijo había recibido la vista.

De hecho, el testimonio de los padres había hecho el caso todavía más difícil para los fariseos, porque los había dejado sin excusa en cuanto a que no había habido milagro alguno. Y temían que en muy poco tiempo el nombre de Jesús iba a relacionarse con este milagro en la mente de todos. Y tenían que impedir esto por todos los medios.

En consecuencia, estos líderes deciden volver a citar al que había sido ciego, para hacerlo prometer que nunca más atribuiría a Jesús el gran beneficio que había recibido. Y le dicen: “Da gloria a Dios; nosotros sabemos que este hombre es pecador”. La explicación más simple de esta afirmación es la siguiente: “Glorifica a Dios atribuyéndole a Él el milagro y no a otra persona. No le des el mérito a ese hombre (Jesús), porque sabemos quién es: sabemos que es un pecador notorio. Evidentemente, un hombre así no pudo haber hecho algo tan grande”.

Adviértase cómo, en esta argumentación, el Silogismo A comienza a dar frutos. Su conclusión se ha convertido en la premisa menor de otro silogismo, de esta índole:

### **Silogismo A (2)**

**Premisa mayor:** Sólo los que son de Dios pueden abrir los ojos a los ciegos de nacimiento.

**Premisa menor:** Este hombre (Jesús) no es de Dios.

**Conclusión:** Él no puede haber abierto los ojos de un ciego de nacimiento.

Concédase pues, así razonan estos fariseos, que Jesús, en efecto, puso barro en los ojos de este hombre y que luego lo envió a Siloé. Cuando el hombre llegó a Siloé y se lavó el barro de los ojos, fue Dios—no Jesús—quien hizo el milagro. En consecuencia: ¡el hombre debería dar la gloria a Dios!

Esta explicación armoniza con todo el contexto. Nótese cómo se contrastan las palabras Dios y este hombre. El honor lo debe recibir no este hombre sino Dios.

Hay otra interpretación que deseamos comentar brevemente. Es en el sentido de que la expresión, “dar gloria a Dios”, es una especie de frase común, que significa “Glorifica a Dios confesando tu pecado”. Según estos comentaristas, los fariseos todavía no han renunciado a la idea de que todo es fraude, lo cual le piden ahora al hombre que confiese. Sin embargo, se puede glorificar a Dios en más de una forma: reconociendo los pecados propios, ciertamente; pero también con la presentación de una ofrenda conciliadora o, como aquí, dando a Dios las gracias y la alabanza por el inestimable privilegio de la visión física. En consecuencia, nos quedamos con la interpretación que antes dimos.

A medida que el relato continúa, se hace cada vez más claro que este hombre no es una persona ordinaria. No es movido fácilmente. Evidentemente el alardeado conocimiento de estos eminentes jueces no lo había impresionado. “Entonces él respondió y dijo: Si es pecador, yo no lo sé; una cosa sé, que yo era ciego, y ahora veo”. Con valentía opone al “sabemos” de ellos sus “no lo sé” y “una cosa sé”. En lugar de estar de acuerdo con la afirmación de ellos, “este hombre es pecador”, afirma abiertamente que él, el que antes había sido ciego, no sabe esto; pero que sí está perfectamente consciente del hecho de que, aunque ciego, ahora puede ver perfectamente. Uno puede muy bien leer entre las líneas de esta afirmación tan clara lo siguiente: “Frente a vuestro simple decir, pongo este gran hecho de la experiencia: aunque yo era ciego, ahora veo. Los hechos son más inquebrantables que las opiniones sin fundamento”.

Los fariseos están claramente contra la pared. Después de haber perdido la entrevista con los padres, fracasan aún más en la conversación con el hijo. Parecen estar en un apuro. Por ello, le volvieron a decir: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Una vez agotados todos los recursos mentales, ahora vuelven a las preguntas que habían hecho antes, quizá porque no pueden pensar en nada más. También es posible que, por este medio, trataron de cansar al hombre, de forma que aburriéndolo lo pudieran conducir a alguna afirmación inconsecuente, en algún momento de descuido. ¡Cuántas veces había oído el hombre estas preguntas: primero de los labios de los vecinos y esto muchas veces; luego, de los fariseos y ahora, una vez más, de los fariseos! Vez tras vez, se repetía lo mismo: “¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?”

Es evidente que el hombre está perdiendo la paciencia. Le desagrade este procedimiento tedioso. Esto, en sí mismo, no sorprende en absoluto. Lo que sí sorprende es el hecho de que no tenga miedo de expresar con palabras claras y fuertes su evidente desagrado. No ha heredado la timidez de sus padres. Además, esgrime el arma de la ironía—para él tan deliciosa, pero para ellos tan desagradable—y lo hace de tal forma que las víctimas de la mis-

ma nunca lo olvidarían o perdonarían. Dice, ¿Por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis acaso también vosotros haceros sus discípulos? Las últimas palabras constituyen una pregunta hábilmente expresada que espera una respuesta negativa, sin duda, pero deja la puerta ligeramente abierta para una respuesta positiva; como si alguien dijera, “Esto es, desde luego, imposible ... sin embargo, ¡uno nunca sabe lo que vosotros los fariseos podríais hacer!” Si esto no es sátira demoledora, se le acerca mucho. Nos resulta imposible entender cómo algunos comentaristas pueden imaginar que este hombre era de hecho de la opinión que los fariseos (en especial los que predominaban) estaban considerando seriamente la idea de hacerse discípulos de Jesús.

En tal circunstancia la reacción de los líderes judíos es enteramente comprensible. No eran la clase de personas que admitirían la derrota. Además, se sienten profundamente ofendidos y humillados. Un simple mendigo ha desafiado su autoridad. Se ha burlado de su dignidad y de su posición superior. ¿Cómo, ellos hacerse discípulos de Jesús? El nombre mismo de Jesús es veneno para ellos, hasta el punto que se niegan a pronunciarlo; prefieren llamarlo “ése”.

“Tú eres su discípulo”, dicen. Parecen considerar el título de discípulo de Jesús el insulto máximo. No se les ocurre nada peor para decirle al mendigo. Ni siquiera se les ocurre que le están dando el más elevado honor posible. Con arrogancia y autosatisfacción se refieren a sí mismos como “discípulos de Moisés”, no dándose cuenta de que Moisés mismo iba a condenarlos. Saben que Dios habló a Moisés. Sí, conocen el origen divino de las leyes y ordenanzas que instituyó Moisés. Lo que no saben es que aquél que odian con odio tan diabólico tiene derecho a decir, “Moisés habló de mí”.

Cuando, en relación a esto, afirman, “Pero respecto a ése, no sabemos de dónde es”, no niegan lo que ellos (o sus amigos) han dicho antes respecto al origen de Jesús. Lo que quieren decir es: “no sabemos de qué fuente él, a diferencia de Moisés, recibe su autoridad”. Pero Jesús había contestado a esa pregunta muchas veces, y ellos se habían negado a aceptarla.

Resulta realmente sorprendente oír a estos hombres tan dignos decir, “No sabemos”. Estaban tan acostumbrados a decir, “Sabemos”, que resultaba chocante que en esta ocasión admitieran de hecho su ignorancia respecto a algo—¡y algo tan importante! ¡Se relacionaba con aquél que había otorgado la bendición de la vista al hombre ciego de nacimiento! Acerca de este notable obrador de milagros estos sabios no saben casi nada. Ni siquiera conocen la fuente de su autoridad. El ciego de nacimiento se aprovecha totalmente de la situación. Para usar una expresión común, ¡Les machaca el hecho! Les dice “Por cierto, esto es algo asombroso (literalmente, en esto está la maravilla), que vosotros (que pretendéis saber tanto) no sabéis de dónde es y sin embargo a mí me abrió los ojos”.

El hombre sanado continúa, Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése le oye. Desde el principio del mundo no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. Si este hombre no fuera de Dios, no podría hacer nada.

Aquí el Silogismo B vuelve en una forma robustecida (esencialmente la misma que el Silogismo B mejorado).

**Premisa mayor:** Sólo los que son de Dios—es decir, los que temen a Dios (literalmente, “adoran a Dios”) y hacen su voluntad—son escuchados por Dios, de forma que pueden abrir los ojos a los ciegos de nacimiento.

**Premisa menor:** Este hombre, Jesús, fue escuchado por Dios, de modo que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, y con ello realizó un milagro tan grande como nunca se había oído desde el principio del mundo (literalmente, “desde antiguo”).

**Conclusión:** Este hombre es de Dios. Si no lo fuera, nada podría hacer. Definitivamente no es pecador.

Adviértase que, al hablar como lo hace este hombre, emplea la clase de argumentación farisaica. Derrota a los fariseos con su propio razonamiento silogístico. Esto en sí mismo es muy notable: ¡un mendigo derrotando a un fariseo con la propia arma del fariseo! Pero este hombre hace todavía más: toma el silogismo farisaico y lo mejora, no sólo afirmando en forma clara lo que antes era sólo un indicio, sino también dándole un marco concretamente bíblico. ¡El hombre considera el milagro como una respuesta a la oración! Dice, “Si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése (Dios) oye”. Esta posición es totalmente correcta. Es bíblica. La idea de que Dios escucha las oraciones del justo y rechaza las oraciones del malvado se encuentra en muchos lugares de la Biblia. Además, los milagros (especialmente tales milagros) hechos en respuesta a la oración y para manifestar las obras de Dios, tienen valor de evidencia.

Los fariseos han sufrido una derrota humillante. Han sido acorralados. Entre tanto, el mendigo ha progresado en su confesión. Ya no dice, “Si es pecador (Jesús), no lo sé”. Ahora sabe que Jesús no es pecador, sino receptor del favor de Dios en forma muy elevada.

Habiendo perdido en la argumentación, los fariseos recurren al ultraje arrogante y notorio. Respondieron y le dijeron: Tú naciste enteramente en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?

Pero incluso este ultraje contiene la prueba de su derrota, porque por implicación admiten ahora que este hombre que está frente a ellos y que ve, había nacido ciego. La posición relatada antes (“Pero los judíos no creían que él había sido ciego, y que había recibido la vista”) ha sido abandonada. El milagro ha ocurrido realmente. Esto ya resulta evidente para todos. La idea misma, sin embargo, de atribuirlo a Jesús como aquél en quien descansa el

favor de Dios, es tan ofensiva para los fariseos que consideran al que así piensa como “nacido enteramente en pecado”, considerando su ceguera como castigo por el pecado. ¡Que un tipo tan vil tomara sobre sí el enseñar a personas tan dignas como ellos, es repugnante! Y le expulsaron; es decir, lo echaron del edificio y de la comunión religiosa de Israel.

### 13. Jesús de nuevo impacta la vida del ex ciego

*Oyó Jesús que lo habían expulsado y, hallándolo, le dijo:*

*—¿Crees tú en el Hijo de Dios?*

*Respondió él y dijo:*

*—¿Quién es, Señor, para que crea en él?*

*Le dijo Jesús:*

*—Pues lo has visto; el que habla contigo, ese es.*

*Y él dijo:*

*—Creo, Señor —y lo adoró.*

Jesús, el buen pastor, se interesa no sólo por el cuerpo sino también por el alma de aquéllos a los cuales salva. De modo que, habiendo oído que habían expulsado a este hombre de la sinagoga, el Señor lo busca y encuentra. Una vez encontrado, Jesús le pregunta, “¿Crees tú en el Hijo del Dios?” Es probable que el pronombre tú recibió cierto énfasis, de modo que el sentido de la pregunta es, “¿Crees tú, como verdadero discípulo y a diferencia de los judíos incrédulos ...?” “¿Confías totalmente—para vida y muerte—en el Hijo del Dios?”

Antes de poder responder a la pregunta, el hombre siente la necesidad de saber quién podría ser este Hijo de Dios—este Mesías. “Le dijo Jesús: Tú le has visto; de hecho, es el que habla contigo”. Literalmente la respuesta de Jesús es, “Tú lo has visto a él y aquél que habla contigo, él es”. Jesús se revela a sí mismo a este hombre como el verdadero Mesías, como el Hijo del Hombre. El ciego reacciona y le dice: “Y él dijo: Creo, Señor; y lo adoré”. Consciente ahora en forma total del hecho de que aquel que le ha hablado es el mismo que lo curó, a saber, Jesús, en quien con sorpresa total pone su mirada (¡Qué privilegio es poder ver!); y reconociendo en Jesús al Mesías, al mismo Hijo del Hombre, quien es también Hijo de Dios y por consiguiente el objeto propio de adoración, el hombre cae de rodillas y rinde adoración religiosa (no sólo respeto o incluso reverencia) a su Benefactor.

### 14. La enseñanza de Jesús

*Dijo Jesús:*

*—Para juicio he venido yo a este mundo, para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados.*

*Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron:*

*—¿Acaso también nosotros somos ciegos?*

*Jesús les respondió:*

—*Si fuerais ciegos no tendríais pecado, pero ahora, porque decís: “Vemos”, vuestro pecado permanece.*

Cuando Jesús ve a este hombre de rodillas en actitud de culto genuino y compara esta condición humilde y confiada con la hostilidad y obstinación de los fariseos, ve que su venida a este mundo produce dos efectos diametralmente opuestos. Algunos lo reciben con gozo y son recompensados. Otros lo rechazan y son castigados. Esta recompensa y este castigo son su juicio sobre aquéllos que entran en contacto con Él. Por esta razón puede decir, “Para juicio yo vine a este mundo”. Vino con el propósito de pronunciar su veredicto autoritario y llevarlo a efecto en estos dos grupos tan marcadamente contrastantes.

El aspecto remunerador de este juicio se expresa en las palabras: “para que los que no vean”; es decir, a fin de que los que carecen de la luz de la salvación (que están sin verdadero conocimiento de Dios, sin justicia, sin santidad, sin gozo), y que lamentan su condición, y, por la gracia preparatoria de Dios, sienten el anhelo de recibir la luz, puedan ser colocados en plena posesión de la misma. El que había nacido ciego y ahora podía ver tanto física como espiritualmente ilustra este punto. Sigue luego el aspecto punitivo de este juicio: y los que ven, sean cegados; es decir, a fin de que aquéllos que dicen constantemente, “vemos”, pero que se engañan a sí mismos rechazando la luz, puedan al fin ser completamente separados de ella. Piénsese en los fariseos, quienes se endurecen cada vez más.

¿Se reunieron en torno a él algunos de los fariseos a fin de continuar la discusión? Así parece, porque leemos: Algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron con burla y desprecio arrogantes: ¿Ciertamente nosotros no somos también ciegos, verdad?

¿Acaso Jesús los coloca en la categoría de la chusma maldita (como ellos mismo creían) que no conoce la ley? ¿Ellos los devotos discípulos e intérpretes de Moisés, en la misma categoría que el populacho que nada sabe? Jesús les respondió: Si fuerais ciegos no tendríais pecado; es decir, si no sólo estuvierais sin la luz (el verdadero conocimiento de Dios, la santidad, la justicia y el gozo) sino también conscientes de esta condición deplorable y anhelando vehementemente la salvación de Dios, de nada se los acusaría. Prosigue: Mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece. En otras palabras, “Si no veis lo grande de vuestros pecados y miserias, no podéis gozar de verdadero consuelo”. Vuestro pecado permanece, porque habéis rechazado la salvación de Dios.

## 15. Síntesis del texto

El Hijo de Dios sana al hombre ciego de nacimiento, y luego se le revela en amor como el Hijo del Hombre. Sus enemigos han decidido excomulgar de la sinagoga a los que aceptan a Jesús.



El relato se puede esquematizar como sigue:

**15.1. Un mendigo de Jerusalén es sanado de su ceguera congénita.**

Jesús, al salir del templo, o poco después, vio a un ciego de nacimiento. Los discípulos le preguntaron si lo que había causado esta ceguera era el pecado del hombre mismo o el de sus padres. Jesús en forma implícita criticó la pregunta y reemplazó la mirada retrospectiva por la mirada hacia el futuro, la especulación puramente teórica por la obra de misericordia. Dijo, “No es que pecó éste, ni sus padres, sino (que esto sucedió) para que las obras de Dios se manifiesten en él”. Así, pues aquél que se llamó a sí mismo la luz del mundo, dio entendimiento moral y espiritual a los discípulos. Luego ilustró más esta actividad dadora de luz comunicando la luz física a los ojos del ciego. Lo hizo después de cubrir los ojos del hombre con barro y enviándolo al estanque de Siloé para que se lavara.

**15.2. Los vecinos lo interrogan.**

Entre los vecinos las opiniones estaban divididas: algunos estaban seguros de que éste era el hombre ciego de nacimiento; otros estaban casi seguros; y otros ven un gran parecido. El hombre mismo puso fin a todo esto con su afirmación concreta, “Yo soy”. En respuesta a otras preguntas relató la forma en que fue curado y afirmó que desconocía el paradero de su benefactor.

**15.3. Los líderes judíos interrogan al ciego y a sus padres y lo expulsan.**

Interrogan al hombre en una entrevista oficial. Cuando relató lo que había sucedido, se suscitó división entre los fariseos: ambos partidos sacaron conclusiones, lógicamente válidas, de premisas falsas. Cuando convocaron a los padres, éstos perjudicaron la causa de los interrogadores al responder de tal forma que sólo era posible una conclusión: había ocurrido realmente un milagro. Por temor a las autoridades, quienes ya habían decidido que los que aceptaron a Jesús como el Mesías debían ser expulsados de la sinagoga, los padres se niegan a decir cómo y por quien había sido curado su hijo. El ciego, convocado otra vez, se negó a contestar a las preguntas que ya había contestado antes. Con humor mal disfrazado preguntó si los fariseos quizá deseaban hacerse discípulos de Jesús. Difamándolo con respecto a su nacimiento, las autoridades lo expulsaron de la habitación y de la comunión religiosa.

**15.4. Jesús lo encuentra, y, en su condición de Hijo del Hombre, se revela a él.**

Con ternura el Buen Pastor le preguntó: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?” La salvación es siempre asunto personal. Cuando, en respuesta a la pregunta del hombre, Jesús se reveló a sí mismo como el Hijo de Dios, la luz plena de los cielos brilló en el alma del mendigo. Dijo, “Creo, Señor”, y lo adoró. Así, pues, las “obras de Dios” (su poder, amor, gracia) se manifestaron en este hombre.

### **15.5. El ciego es contrastado con los fariseos, voluntariamente enceguados.**

Jesús, en relación con esto, revela el doble propósito de su venida al mundo “para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados”. Algunos fariseos, que estaban cerca, se ofendieron de lo que les pareció ser una alusión ofensiva a sí mismos. Dijeron, “Ciertamente nosotros no somos también ciegos, ¿verdad?” Jesús censuró su autocomplacencia diciendo, “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece”.

Como claramente nos dice el capítulo 1 del evangelio de Juan: Así, pues, “la luz en las tinieblas resplandece, pero las tinieblas no la aceptaron ... Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. Pero a los que le recibieron, les dio la potestad de ser hechos hijos de Dios”.

## **16. En conclusión**

Juan en este texto da vida ante nosotros a los distintos personajes.

- a. Los discípulos: Desprovistos de compasión, ante el dolor del ciego solamente hacen preguntas “de teología”
- b. El ciego sanado por Jesús, da testimonio ante vecinos y fariseos. Empezó molestándose por la insistencia de los fariseos. «Vosotros diréis lo que queráis de este Hombre -les dijo-; yo lo único que sé es que me dio la vista.» Es el sencillo hecho de la experiencia cristiana que muchos creyentes puede que no sepan expresar en lenguaje teológico correcto lo que creen de Jesús, pero pueden testificar de lo que Jesús ha hecho por sus almas. Cuando uno no puede entender con la inteligencia, puede sentir con el corazón. Es mejor amar a Jesús que amar las teorías que se han formulado acerca de Su Persona.
- c. Los padres del ciego. Está claro que no querían colaborar, pero era porque tenían miedo. Las autoridades de la sinagoga disponían de un arma terrible, que era la excomunión, por la que se excluía de la sociedad del pueblo de Dios a una persona. Allá por los tiempos de Esdras, leemos un decreto que se promulgó diciendo que al que no obedeciera las órdenes de las autoridades, «se le confiscara toda la hacienda, y él mismo quedara excluido de la congregación». Jesús advirtió a Sus discípulos que sus nombres serían calificados como cosa mala. Les dijo que los expulsarían de las sinagogas. Muchos de los funcionarios de Jerusalén creían realmente en Jesús, «pero a causa de los fariseos no le confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga».
- d. Los fariseos. En un principio no se habían creído que el hombre había estado ciego, es decir: que habían sospechado que aquello había sido un «milagro» amañado entre Jesús y él. Además, estaban al tanto de que la misma Ley reconocía que un falso profeta podría realizar falsos milagros para confirmar sus propios falsos fines (Deuteronomio 13:15 advierte contra el peligro del falso profeta que realiza falsos milagros para apartar al pueblo tras dioses extraños). Así es que los fariseos empezaron por tener sospechas. De ahí pasaron a intimidar al hombre: «¡Da gloria a Dios! -le dijeron-. ¡Sabemos que

ese hombre es un pecador!» «¡Da gloria a Dios!» era la frase que se usaba en los interrogatorios con el sentido de: «¡Di la verdad, en la presencia y en el nombre de Dios!» Se pusieron furiosos porque no podían oponer nada al razonamiento del hombre, que estaba de acuerdo con la Escritura: «Jesús ha hecho una obra maravillosa; esto demuestra que Dios Le oye; Dios no oye nunca las oraciones de los malos; por tanto, Jesús no puede ser malo.» El hecho de que Dios no oye la oración de una mala persona es una de las ideas fundamentales del Antiguo Testamento. El que había estado ciego hizo un razonamiento que los fariseos no podían contradecir. Ante aquellas razones, veamos lo que hicieron. Primero, le lanzaron toda clase de improperios. Luego pasaron a insultarle, acusándole de haber nacido en pecado, lo que equivalía a acusarle de pecado prenatal. Y en tercer lugar, recurrieron a las amenazas. Le dieron orden de que se marchara de su presencia; es decir que, como no le podían rebatir, le echaron.

- e. Jesús: Sana al ciego y luego lo busca y se le revela como Mesías. Como dijo Crisóstomo: «Los judíos le echaron del templo; pero, el Señor del Templo, le encontró.» Si el testimonio de cualquier cristiano le separa de sus semejantes, le acerca más a Jesucristo. Jesús es siempre leal con el que le es leal. Jesús mismo le reveló a este hombre Su verdadera identidad como Mesías. La lealtad nos conduce a la revelación. Es a la persona que le es leal a la que Jesús se revela más plenamente. El castigo del mundo por esa lealtad bien puede ser la persecución o la soledad pero la recompensa de Dios es un caminar más íntimo con Cristo y un conocimiento más íntimo de su maravillosa persona.

Juan termina con dos de sus pensamientos característicos.

- a. Jesús vino a este mundo para juicio. Siempre que una persona se encuentra cara a cara con Jesús, obtiene un veredicto sobre sí misma. Si no ve en Jesús nada que desear, nada que admirar, nada que amar, entonces se ha condenado a sí misma. Si ve en Jesús a alguien admirable, alguien a quien responder, alguien a quien aspirar, entonces está en el camino hacia Dios. La persona que es consciente de su propia ceguera, que anhela ver mejor y conocer mejor, es la que puede recibir la vista y penetrar en mayores profundidades de la verdad. El que piensa que ya lo sabe todo, que no se da cuenta de que no puede ver, es el que es ciego de verdad, sin esperanza y sin posibilidad de ayuda. Sólo el que se da cuenta de su propia ceguera puede aprender a ver. Sólo el que se da cuenta de su propio pecado puede recibir el perdón.
- b. Cuanto más conocimiento tenga una persona, más digna de condenación es cuando ve la bondad y no la reconoce. Si los fariseos se hubieran criado en la ignorancia, no se los habría podido condenar. Su condenación fue la consecuencia del hecho de que sabían tanto y presumían de ver tan bien, y sin embargo dejaron de reconocer al Hijo de Dios cuando vino a este mundo. La ley de que la responsabilidad es la otra cara del privilegio está escrita en la vida.

Si leemos con cuidado y atención nuestro texto de estudio, veremos el más precioso progreso en el conocimiento de aquel hombre que había estado ciego hasta que se encontró con Jesús. Pasó por tres etapas, cada una más elevada que la anterior.

- i. Empezó llamando a Jesús un hombre. «Ese hombre que llaman Jesús me abrió los ojos». Empezó por creer que Jesús era un hombre maravilloso. Jamás había conocido a nadie que pudiera hacer la clase de cosas que Jesús hacía e hizo con él; empezó por creer en Jesús como el más grande de los hombres. Haremos bien en pensar de cuando en cuando en la grandeza única de la personalidad humana de Jesús. En la galería de los mayores héroes de la historia, a Él corresponde el puesto supremo. En cualquier antología de las vidas más dignas de admiración, gratitud e imitación, la suya debe ser la primera. En cualquier antología de la literatura y del pensamiento universales, Sus parábolas y enseñanzas deben figurar en primer lugar.
- ii. De ahí pasó a llamar a Jesús profeta. Cuando le preguntaron su opinión en vista del hecho de que le había dado la vista, la respuesta del que había estado ciego fue: “Pues que es un profeta”. Un profeta es alguien que trae a las gentes el mensaje de Dios. No cabe duda que el Señor Dios no hará nada sin revelarles Su plan secreto a Sus siervos los profetas. Profeta es la persona que vive en comunión con Dios y ha penetrado en Sus consejos. Cuando leemos la sabiduría que hay en las palabras de Jesús, no podemos por menos de decir: ¡Este es un Profeta! Aunque otras cosas se puedan poner en duda, ésta es innegable: Si la humanidad siguiera las enseñanzas de Jesús, se resolverían todos los problemas personales, sociales, nacionales e internacionales. Si ha habido alguna vez un hombre que merezca ser llamado profeta, ese hombre es Jesús.
- iii. Por último, el que había estado ciego llegó a confesar que Jesús era el Hijo de Dios, es decir, el Mesías esperado. Llegó a la convicción de que las categorías humanas no eran suficientes para identificar a Jesús, y por eso le rindió honores divinos.

Una de las cosas maravillosas que pasan con Jesús es que, a medida que le vamos conociendo más, nos parece más grande. El problema con muchas relaciones humanas es que a menudo, cuanto más conocemos a una persona, más fallos y debilidades le descubrimos. Pero con Jesús nos ocurre exactamente lo contrario: cuanto más le conocemos, más maravilloso nos parece y eso será cierto, no sólo en el tiempo, sino en la eternidad.